

# LOS CUENTOS DE FIN DE MES

## Los vagabundos del infinito

Una primavera intensa se pasea por la ciudad, el sol ha encendido luces en los toldos de los cafés y las manos blancas de los urbanos.

El autobús inicia su carrera ciudadana junto al parque, desciende por la avenida, cruza la gran plaza y pasa entre el río y la Asamblea Nacional; los que van asomados en el balcón callejero de la plataforma posterior han mirado todos a la Asamblea pensando «aquí es donde discuten». La campanilla suena y el coche descansa junto al poste amarillo, el cobrador, como si no estuviera, quita la cadena y gruñe el nombre de la estación, encabezados por un señor barrigudo varias personas descienden y enfilan la avenida bordeada de árboles. Encaminan sus pasos hacia unas calles y bares que han consolidado su fama en el dolor y estrépito de una fogosidad sin freno. Es un barrio de casas grises, de días tristes y noches externamente alegres, de buhardillas hambrientas, un mundo menos incomprensible que incompreso con una iglesia y tres bares en el centro para citarse. La cervecería de los intelectuales, el bar de los estudiantes, el café de los invertidos, todos están llenos de un público chillón y melencólico que hace años, quizás en una noche de borrachera, vendió su alma sin saber porqué y ahora cubre su vergüenza con barbas inmodestas.

El señor barrigudo lo mira todo con prevención como quien está en terreno enemigo.

Al otro lado de la verja, en el jardín de la iglesia, las parejas comparten su existencia. Una cabellera rubia duerme en el hombro de un jersey negro, los dos están cansados y somnolientos. Ella es estudiante en filosofía, hace dos días que solo come pan, cerveza y castañas, eso le ocurre a menudo — libros contra comida—; él no quiere pintar cromos para los turistas y sigue amontonando cuadros bajo la cama, sus nombres podrían ser Pierre y Pierrette.

Se ha sobresaltado ligeramente porque él la ha despertado y le habla cuando al oído, Pierrette hace muecas de duda pero él impetuoso la levanta y ambos corren ya por la calzada.

Cuando llegan al portal ella espera y a poco se abre un ventanuco del último piso con la cara sonriente de Pierre y una guitarra en la mano. Ella aún pone alguna objeción sin gran convencimiento. Buscan el lugar oportuno, sus ojos recorren la esquina de la castañera el rincón del semáforo, la parada del autobús. Han encontrado el sitio oportuno a dos pasos del metro de Odeón, en la pequeña plazuela en que vive el monumento a Diderot. Pierre se ha subido en los escalones y se arranca con un ritmo uniforme y pegadizo. Empiezan a pararse los primeros mirones, algunos solo un segundo, la mayoría quedan envueltos en la voz de Pierre que tanto rugge como llora montada en un ritmo excitante. El público va aumentando. Pierrette con un platillo y su sonrisa les va sacando monedas, no todos dan, el señor barrigudo que también se ha parado no ha dado nada, a su lado la vieja del sombrero aplastado —viajera del mismo autobús— tampoco dió nada, en su cara se lee lo que piensan, su desaprobación rabiosa a una juventud viciosa y rebelde, egoísta e inhumana, sin más ideal que el placer sin más virtud que el cinismo.

Se ha formado ya una pequeña multitud, un grupo adolescente acompaña a Pierre con palmas y extorsiones, son impulsivos, irregulares, antitradicionalistas pero capaces de ir a morir al otro lado del mundo por una causa que crean generosa. Algún agente de servicio empieza a hacerse notar, los chicos han hecho de Pierre un momentáneo ídolo de carne y hueso y se entregan a él con fanatismo. Mundo de transición e independiente, filosofía y rock/n roll en plena calle.

Los cuerpos fatigados y los bolsillos llenos de monedas caminan enlazados, ahora comerán y comprarán libros o telas para cuadros. En su paseo han llegado al río, bajan en busca de un banco y comparten su satisfacción en la intimidad de la orilla.

Un ruido sin fuerza ha sonado bajo el puente y algo ha caído al suelo, llegados al bulto le dan la vuelta, es un harapo en mil pedazos con una cara agujereada y amarillenta, un vagabun-

do. Le incorporan, un sudor verde moja su barba, le hablan de los centros de beneficencia, el viejo se enfada, Pierre sube a la calle mientras ella limpia la salivilla viscosa que escapa de la boca del viejo.

Se ha dormido y han de despertarle. A lo primero mastica con dificultad, luego se va reanimando, ataca a dos carrillos el pan, queso, fruta, todo lo que le trajeron menos los reforzantes vitamínicos, medicinas no, pero Pierre tiene un fuerte argumento, una botella de vino. Un pequeño esfuerzo, unos guiños y ¡ya está!, después el vino tiñe el ambiente, los tres beben de la botella. El abuelo no parece el mismo, él no está enfermo, no necesita medicinas «es que no había comido». Se le ha secado la angustia de la barba y le brillan los ojos mientras conversa — Aquel el Pont Neuf es «su puente» el primero que se construyó en la ciudad y el único que no ha sido refarmado, los pececillos del río cada día saben más a barro, a la Plaza de la Contraescarpa ya no van los auténticos vagabundos—. Contento y locuaz les cuenta innumerables relatos. Antes de separarse han puesto en sus manos el último dinero y desaparecen agitando los brazos en último adiós al hombrecillo que va haciéndose un punto en el fondo del muelle. Sin tela, sin pinturas, sin libros vuelven a su barrio de calles estrechas y bares multicolores.

Juventud de Saint Germain. Uno, Dos. Tres. Presente. Pasado. Futuro. Todo en un mismo dolor. Juventud vagabunda con meta en el infinito. Pierre y Pierrette se aman... y creen en su amor. Creer, solo los que creen caminan hacia la eternidad.

El día se ha vuelto negro. El invierno aún se filtra en las noches de primavera. Es el momento en que acabada la botella de tinto los vagabundos duermen sueños de revolución social en el aliento cálido del agujero de un metro. Es el momento en que Pierre y Pierrette han dejado el amor caliente de un beso de cristal flotando en una esquina.

Juan José Plaudollit